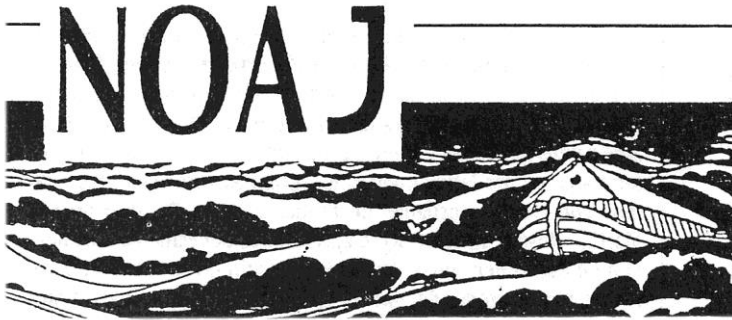




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Pecar, Samuel. El compromiso del escritor judío en Iberoamérica. pp. 117-119

triángulo de cualidades mancomunadas empieza a quebrarse en los últimos años, por la astuta metamorfosis o por el brote renovado del Mesías. Esta figura, como Promesa o Símbolo, parecía socialmente descalificada. Como el mismo Dios. Pero el nacionalismo triunfante, que se funda en el culto pagano a la Sangre y a la Tierra, ha transformado categorías metapolíticas — mesiánicas o cuasimesiánicas — en moneda corriente del discurso israelí. Esta inflación mesiánica coloca a judíos e israelíes que se han resignado — o festejan honestamente — a los límites de esta vida con su noble aunque exasperante finitud, en un espinoso dilema. Quieren un sionismo sin adjetivos trascendentes, de este mundo, para este mundo, con el mundo. Pero la fantasía mesiánica se opone a esta voluntad. Fantasía a las que algunos adhieren con inocencia, y otros aprovechan con alevosía.

No cabe banalizar esta fantasía. Los mesianismos siempre han prendido con fuerza en el pueblo judío. Es su adicción latente y letal. Y ahora reaparece con graves implicaciones geopolíticas y morales. Para atajarlas constructivamente se precisa — de nuevo — la fraternidad entre judíos e israelíes, basada en la Modernidad que, pese a sus debilidades y vacíos, es la cultura del intelectual. El ejercicio de la terrena razón es su forma de parirse y exponerse. La ética judía será amputada si el Mesías intima con el Estado. Este Encuentro de Escritores debe impedir esta perversa cirugía. Si la desdén o subestima se hará célebre por una memorable traición. ♦

Israel: la crisis de la edad

El compromiso del escritor judío en Iberoamérica

(Fragmento leído en el Quinto Encuentro de Escritores Judíos de América Latina y España)

Tanto en Israel como en la diáspora vivimos una época de cambios y mutaciones, cuyos crujidos parecen escucharse a veces desde lejos. Me voy a referir únicamente a Israel y a dos de sus problemas básicos de ahora: la ocupación y todos los peligros, que ello trae implicado para la democracia y para la solvencia moral de la sociedad israelí. El segundo problema es la deformación del sionismo como movimiento de liberación nacional. El dilema con que nos enfrentamos es tan atroz como simple: debemos elegir entre un pueblo, que, escudándose detrás de su poderío militar y político, depende del trabajo de otro pueblo oprimido, y entre un pueblo que aspira a la independencia y a la autosuficiencia reales, basadas en la paz y en el trabajo creador.

**Samuel
Pecar**

Nació en Argentina en 1922; vive en Israel desde 1963. Preside la Asociación Israelí de Escritores en Lengua Castellana. Publicó Cuentos de Kleinville (1954), y las novelas La generación olvidada (1956) y El hombre que hizo retroceder al tiempo (1984).

En una realidad como ésta no es sorprendente que las diferencias sociales y económicas se hundan en un cenagal de incompreensión y de indiferencia. En una sociedad como ésta, que durante tantos años se ajustó a un lema tan prometedor como cautivante: "el que ha de vencer, en última instancia, es el hombre y no el tanque", en una realidad como ésta, hoy este hombre se nos está achicando a expensas del acero.

Cuando Israel no pide apoyo material a la diáspora, si es que ocurre tal cosa, suele solicitar su apoyo espiritual **a posteriori**. Al intelectual de la diáspora le pedimos su identificación, el visto bueno, el consenso, a resoluciones ya masticadas. A esto se llama "apoyo moral".

Yo veo el apoyo del escritor, no en la ratificación, sino en la crítica, en el juicio, en la discrepancia, en la impugnación, en la descripción subjetiva, artística, de la Israel que ustedes perciben en sus antenas de creadores. De la Israel que ustedes sufren en su sensibilidad de forjadores de criaturas que no existen y de mundos por crearse. De la Israel que ustedes quisieran ver, en oposición a lo que ven. De la Israel que ustedes no soportan, porque nos despierta violentamente del sueño que fuimos forjando desde la adolescencia. De la Israel a la que ustedes acusan de haberlos desconcertado con luces al final de un túnel que no concluye con la claridad del día, sino con el comienzo de otras cuevas y laberintos oscurantistas y oscurecedores.

Yo entiendo que el compromiso del escritor judío consiste en mirar a Israel con ojos lúcidos, abiertos y rebeldes. Nuestro

compromiso, si existe, no debe expresarse tan sólo en la aceptación. Todo lo contrario. Yo les pido que dejen de ver la Israel de los álbumes del K.K.L., por un lado, y de los noticiosos de la televisión extranjera, por el otro. Yo les pido que no vean la Israel de los aniversarios, de las conmemoraciones, de las fiestas y de los discursos. Yo les pido que miren la Israel de los días hábiles, de domingo a jueves. Yo les pido que sientan a Israel, no a través de esas actitudes nuestras, cristalizadas durante cuarenta años de publicidad y de obediencia, sino con la sensibilidad rebelde, a flor de piel. A ustedes, los escritores de la diáspora, y a nosotros, los escritores de Israel, nos está permitido criticarla, censurarla, profetizarla, reinventarla, rehacerla, destruirla y construirla de nuevo, a través de nuestras criaturas de ficción, sin limitación alguna.

Si Israel les duele, como creadores, como judíos, como hombres, entonces no se extiende ningún océano entre los escritores judíos de la diáspora y los de Israel.

Después de lo que dije es casi banal remarcar que en Israel estamos viviendo uno de los momentos más críticos y decisivos de nuestra existencia. Pero los peligros que nos acechan, como siempre, son más graves **adentro** que afuera.

Yo les ruego que miren a la Israel de **adentro**. Vean en qué se está transformando. El mito de la fuerza de Israel no es impere-

cedero. Somos un pueblo iconoclasta y destructor de mitos. Así como destruimos tantos otros en el curso de nuestra historia, así destruiremos también éste. Y en ese momento en que, desmitificados, destronados del paraíso, tomemos conciencia de nuestra desnudez, en ese momento llegará para nosotros la hora de la angustia y de la búsqueda de nuestra identidad real, no cubierta con la hoja de parra levantina. Sentirse expulsado es más tortuoso que haber sido expulsado. Temo que, dentro de poco, muchos de los que no entienden que vivimos en una región habitada por dos pueblos, y no por uno, muchos van a tener que convivir con ellos por imposición. Esa sensación de violación y alienación en nuestra propia tierra nos va a desgarrar más aún.

Los que están comprometidos, obligados, a esbozar las nuevas líneas del futuro, a diseñarlo con letras de imprenta y de fuego, somos los escritores de la diáspora y de Israel, **¡juntos!** Nosotros tenemos que ir pergeñando ese mundo de la vivencia impuesta, hasta transformarla en una vivencia deseada.

Ustedes nos deben ayudar en esta tarea. Así veo yo el compromiso del escritor judío en Iberoamérica, y donde esté.

Este compromiso ya no es el de “ustedes” y el de “nosotros”, como solíamos decir hasta ahora. El compromiso que nos une, que nos convierte en nosotros, es el que no está en la aceptación, ni en el acatamiento, sino en la subversión. ◆

Israel: la crisis de la edad

Mi dolor por el judaísmo distante

Ya que la síntesis de la evolución del pensamiento judío contemporáneo que ha hecho el profesor Israel Eldar, ha sido por demás completa e ilustrativa, optaré por aprovechar mi intervención para referirme al tema general que la motivó, el de la relación Israel-Diáspora.

En principio, quiero reafirmar lo que para mí siempre fue una descripción objetiva de la realidad, aunque tal carácter haya sido en buena medida cuestionado: **Los israelíes hacen más por el judaísmo, por el pueblo judío y por el estado judío, que los judíos de la Diáspora, y deberíamos estarles agradecidos.**

Para mi sorpresa, aún el profesor Najum Megued fue discutido cuando, con la metáfora de la manzana, no hizo más que reflejar

**Gustavo
Perednik**

Nació en Argentina en 1956. Se graduó en Economía en la Universidad de Buenos Aires, y en Educación en la Universidad de Jerusalem. Fundó y dirige el Centro Hebreo Ióná. Publicó las novelas En lo de Santander (1981) y Ajitofel (1988).